

Impudor

Nora Andrade

El invierno sabe a hierro. Es candente. Cauteriza. Lo dejó penetrar por la ventana y en su pecho. Se zambulló en el aire matutino para adosar las celosías al muro exterior.

Desde el portal acostumbrado, el mendigo lo vio: medio cuerpo afuera, los brazos en cruz, la borla del gorro de noche peligrosamente pendulándole delante de los ojos.

—Así tenía que terminar— masculló. Y volvió a arrebujarse en sus trapos.

Aprovechaba para ventilar cuando aún dormían. Por ellas, la casa olería siempre a coles y guiso rancio.

En la sala, ordenó los almohadones sobre la tarima, guardó los carreteles en el costurero, dobló con su mano derecha —con el tiempo había adquirido habilidad— los pañuelos, pecheras, falsos cuellos que la aguja de sus hermanas y Constanza habían pacientemente recamado. Recogió los chapines de Isabel abandonados como siempre en cualquier parte, con los tacones sucios por el barro de quién sabe qué andurriales.

En la cocina, sobre el fogón, encontró una cazuela con los restos del caldo que ella habría bebido al regresar. Sí: bajo la ceniza aún ardía un rescoldo. Lo atizó. Mientras el caldo se entibiaba, recordó los viejos buenos tiempos cuando en el banco del hogar dormía el gato frente a la leña crepitante, todo el día. Apagó el fuego para ahorrar. Se llevó el tazón al escritorio.

Junto al tintero, sobre la mesa negra, brillaban tres monedas. Lanzó a la puerta una mirada temerosa. Silencio. Dejó el caldo. Descolgó de su cuello una llavecita. Abrió la gaveta. Guardó las monedas y sacó unos folios.

Trabajó hasta las siete en que crujieron los listones del piso. Ocultó con una hoja en blanco lo que estaba escribiendo.

En el vano de la puerta apareció la cara de Magda, tímida de sueño.

—Buenos días te dé Dios— le dijo.

—A ti —respondió ella, escamoteando esfuerzos, y siguió de largo a la cocina.

Descubrió de nuevo el manuscrito: Magda no era un peligro. Volvió a escribir. Lejos, en un crepuscular umbral de percepción, registraba los ruidos de la ceremonia diurna: el chorro de la jarra en la jofaina, chapoteo de manos, entrechocar de tazas y platos.

Los goznes, aun girados con lentitud, hicieron sonar su cansada matraca. La puerta tragó el roce de pantuflas.

Al rato la oyó venir por el pasillo con ese paso hueco, falso, de las mujeres cuando andan sin apoyar los tacones. Se asomó en traje de calle, una bolsa repleta en la mano. Claro, era martes.

—Voy a hacer las entregas.

A las nueve estallaron los gritos.

—Arriba, holgazana —Andrea zamarreaba a su hija.

Se oyeron chistidos de Isabel.

—Y tú no te entrometas, no sea que me acuerde de ti.

—A mí, tía, me deja usted en paz. Yo me gano lo mío.

—¡Por los clavos del Señor! Y aún se jacta.

—¡Mujeres, a callar!

Acababa de decirlo cuando Andrea apareció como una Erinia. Apenas si tuvo tiempo de hacer el malabarismo de papeles.

—Callarás tú, que quien llena la olla es quien puede dar órdenes.— Lo miró sospechosa—. ¿Qué hacías?

—La carta, mujer, la carta.

—Lee.

—“... y ruego a Su Graciosísima Majestad que, compadecida de mi estado y cuenta tenida de mi invalidez, galardón de las luchas contra el Turco...”

—Ayer estabas en “invalidez”.

—Hay que sopesar cada palabra...

—Eres más prolífico cuando escribes sandeces.

Constanza fue al mercado. Andrea descargó su ira con el cubo y la fregona. A mediodía volvió Magda, radiante. Doña Paca les había encargado el vestido de boda de la hija. Las mujeres cuchicheaban en la cocina.

A las tres lo asaltó el aroma de lombarda rehogada. Encerró los papeles bajo llave y fue tras la pista.

Comieron en silencio. Al terminar, Andrea se levantó. Dejó un plato junto al fogón.

—Para Isabel. Ocúpate de ella. Constanza, Magda, a trabajar.

—Id vosotras. Yo lavaré los platos — dijo Magda.

—Que lo haga él o su hija. No somos sirvientas.

Magdalena le hizo un gesto de reproche. Andrea salió empujando a Constanza no sin manifestarse con un portazo.

Magda lavó los platos. El se fue al escritorio.

Desde hacía un rato un bisbeo áspero le llegaba del salón.

—Si no te atreves, lo haré yo —se alzó la voz de Andrea—. Y será mucho peor.

—¿Puedo?

Como siempre, la otra se había impuesto: ahí estaba Magda.

—Pasa.

Volvió a fijar la vista en el papel. Sabía que era inevitable, pero necesitaba postergarlo. Se encerró en el mutismo, en la concentración fingida. Sintió latir el tiempo. La adivinó incómoda.

—Ya sonó el angelus...— buscaba cómo empezar.

—Sí.

Le dirigió una mirada breve, apenas un pestañeo, para apreciar su precario triunfo: estaba sentada en el borde, con las rodillas juntas, el torso hacia adelante, como quien está por irse.

Trató de cazarle los ojos, pero él los replegó hacia el tintero.

—Deberías despertarla.

Ya estábamos.

—Se acostó tarde.

Fue como soltar un gatillo, como acercar un trozo de hielo a la llama. Magdalena se desmoronó en el asiento, se expandió, dilató sus carnes antes prietas, se licuó en un hilito de pena que manaba monocorde, sin pausa, quejumbroso, que progresivamente se engrosaba alimentándose de napas antiguas, erosionaba el dique de la resignación, lo fracturaba, saltaba por sobre las ruinas con un arrastre confuso de desgracias. Aquí y allá, como cabezas de naufragos, surgían el padre sacamuelas, la madre sufrida, Constanza bastarda, Andrea sin marido; sobrenadaban alfanjes y feces, una orden de arresto por desfalco, y en la cresta, la mano izquierda de Miguel, cianótica y rígida. Planeando sobre el cuadro, como en un paso de Semana Santa, la Miseria y la Deshonra, una, harapienta y llagada, la otra, con tantas plumas como ojos vigilantes, tantas bocas.

La había oído pasar del planto al Misterio y mientras en superficie se admiraba de la ductilidad estilística, un segundo pensamiento, más profundo, repetía “vestiglos, vestiglos, no debo olvidarme, va en el ritmo”.

Sin dejar de mirarla fijamente, fue tendiendo la mano hacia la pluma. La tomó.

—Es nuestra ocasión, y ya sabes que a la ocasión...

Ahora había descendido a la conseja.

—Doña Paca puede introducirnos en las mejores casas de Valladolid...

Cabeceó sentencioso, mientras mojaba la pluma.

—... pero me lo dijo claro: no con la fama de Isabel.

Alzó los hombros con histriónica impotencia. Pensaba “vestiglos; mejor, endriagos y vestiglos”. Retrajo la pluma hacia la hoja.

—Que deje eso. Debes hablarle, Miguel.

Bajó los ojos para ubicar la línea inconclusa. Escribió “endriagos y vestiglos”.

La voz había cesado. Miraba incrédula. En sus opacos ojos de matrona iba naciendo un brillo, aquel brillo duro, lejanísimo, de cuando le había suplicado que la vengara de Don Diego, y Miguel le aconsejó olvidar.

Sentía vergüenza. Prefirió el odio. Con dos zancadas salió de la pieza. En el umbral del salón estaba Andrea, con los brazos en jarra, dispuesta a atacar. Al verle la cara retrocedió. El siguió por el pasillo con paso retumbante. La puerta del dormitorio chocó contra la cómoda. Isabel se incorporó de un salto. No quiso recordar que tenía hoyuelos, ni que aún, a veces, le decía papá. Sólo quiso saber de sus ojeras, del perfume barato y los sudores.

—Putá —le dijo. Y sonó una bofetada.

Se encastilló en su estudio. Sentía levantarse contra él vibraciones de hostilidad desde toda la casa.

Magda, Constanza y Andrea hacían sus labores con bordoneo crítico. A las diez se encerraron en la cocina. Cenaron sin llamar a nadie. Se acostaron.

Apenas sonadas las doce, oyó el redoble de chapines por el corredor. Deseó, sí, deseó, pero siguieron de largo. Sonó el portón de calle. Sólo llegó hasta él el perfume chillón de la lavanda.

Los últimos chisporroteos de la vela le arrancaban destellos de plata a la barba. Un surco delgado de baba caía por el mentón hasta la hoja, donde la mejilla se apoyaba, e iba transformando una mayúscula en un laguito azul.

Avanzó en la lechosa luz del alba. Inclínada por sobre su hombro, dejó en la mesa tres monedas, como siempre, para tinta y papel. Cuando se incorporaba, vio el cráneo amarillento, que los mechones ralos habían dejado inerme. Los peinó con pudor.

Al irse, dejó flotando un aire de lavanda.

Él entonces soñó con los prados, con una nena, con pastores y pureza.

